

863  
S.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 6567  
-55  
L6

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.

## LA HIJA DEL ESPECIERO

### I

Plebeyos de los tiempos antiguos.  
Charlatanes de nuevo estilo.



ACE pocos años que en una de las calles vecinas de la plaza Verde de Ambéres se encontraba una tienda antigua y muy acreditada, de especería y comestibles: legada de padres á hijos, era conocida desde hacía trescientos años por la buena calidad de sus géneros y lo módico de sus precios.

El último propietario de esta tienda se llamaba Juan Van-Rosmal, y se había casado con Siska (1) Pot, descendiente del célebre Pécter Pot, que ha dado nombre á una de las calles de Ambéres.

Estos esposos, habituados desde la infancia á una vida útil y laboriosa y constantemente ocupados de su pequeño comercio, no

(1) Diminutivo flamenco de Francisca.



habían tenido tiempo de participar del progreso de la civilización actual, ó dicho de otro modo, *para afrancesarse*: sus vestidos, hechos de tela sólida, eran de una extrema sencillez y no cambiaban nunca de forma; sólo se dividían en dos clases: traje de los días de trabajo y traje de los días de fiesta; había también un vestido llamado de Pascua; pero éste no salía del armario más que en los días grandes, cuando los Van-Rosmal iban á comulgar, cuando eran padrinos de algún niño ó cuando asistían á la boda del hijo de algún amigo; aquellos trajes los habían estrenado los esposos Van-Rosmal el día de su casamiento.

Se comprenderá que, con aquellas galas, los esposos Van-Rosmal hacían una pobre figura al lado de algunos otros mercaderes que vestían á la moda; éstos miraban con desprecio al matrimonio, que no sé inquietaba nada por ello, y decía para sus adentros:

—Cada uno trae su lote á este mundo: para vosotros, el viento; para nosotros, los doblones.

Demasiado ignorantes para saber que las personas distinguidas no comían al medio día, se sentaban á la mesa á las doce en punto y no se olvidaban jamás de rezar antes y después de la comida: no comprendían una sola palabra del francés, ni les importaba nada el ignorar esta lengua: eran piadosos, activos, modestos, y sobre todo, de un carácter en extremo apacible: el esposo amaba tiernamente á la esposa, la cuidaba

y partía con ella todos sus ligeros pesares, todas sus inocentes alegrías: la esposa respetaba á su marido, le admiraba y le amaba con entrañable cariño: en fin, para acabar este ligero retrato de los esposos Van-Rosmal, diremos que ambos pensaban que era mejor ganar cada día un sueldo honradamente, que hacer una fortuna rápida por malas artes, con pesas cortas, ó dando mal género á los parroquianos.

Maese Juan tenía una hija de cerca de quince años: una hija única, á la que él y su esposa amaban más que á la luz de sus ojos: se llamaba como su madre, Siska: era bastante alta para su edad, delicadamente formada y de lindo rostro: sus ojos azules estaban llenos de inocencia y de alegría: sus cabellos blondos se agrupaban en gruesos bucles sobre su frente, blanca como el nácar: era, en fin, una encantadora niña.

Desde que cumplió los ocho años, madama Van-Rosmal, ocupada en las faenas de su casa y en ayudar á su marido á servir á los parroquianos, la había enviado á una escuela donde iban las hijas de muchos artesanos y mercaderes de la ciudad: allí había aprendido Siska á hablar bien su idioma nativo, la aritmética y todas las labores de su sexo que una joven de su clase debe saber, desde hacer bien unas medias hasta remendar con primor una pieza de ropa blanca. Era sencilla como sus padres, piadosa, obediente, afectuosa, reflexiva, aplicada, y en fin, verdaderamente capaz de hacer feliz á



un esposo y de continuar el comercio de sus padres, tan acreditado, y, aunque modesto, tan lucrativo.

En la vecindad de Van-Rosmal vivía un maestro zapatero, que era el mejor amigo de aquél: juntos iban á dar un paseo los domingos que la señora Siska quería quedarse en casa ó ir á la iglesia con su hija: por la noche jugaban su partida y maese Spinael, que así se llamaba el zapatero, no encontraba placer en nada si Van-Rosmal no se hallaba á su lado.

El zapatero era viudo y padre de dos hijos, llamados Juan y Teresa; ésta, de la edad de Siska, y aquél un poco mayor: el padre ganaba bastante en su oficio, y había logrado con sus economías comprar la casa en que vivía, marchando su comercio cada día mejor y más floreciente.

Hacia la época en que comienza esta historia, maese Van-Rosmal fue atacado de una fiebre maligna, que le tuvo algunos días en el lecho: cuando se levantó y pudo bajar á su tienda y echar una mirada á lo largo de la calle, quedó como petrificado de asombro.

La tienda de su amigo Spinael había desaparecido, pues la que había en su lugar le parecía otra del todo distinta.

En vez de una puerta tenía ahora dos, y sobre los cristales de ambas se veía, en letras rojas, la siguiente inscripción en francés:

*A la bota sin costura: almacén de botas y zapatos de París.*

Un poco más abajo había expuesta una estampa, en la que se veía un caballero que había quedado ciego ante el brillo del sol, sobre una bota barnizada, y encima de esta obra maestra de la farsa francesa, se leían estas palabras:

*Verdadero charol inglés.*

En fin, en los cristales de la parte inferior se leía:

*Zapatos de charol para señoras: polvo de jabón: suelas de corcho.*

Maese Van-Rosmal se frotó los ojos como un hombre medio dormido, y consideró estupefacto todas las cosas, creyendo hallarse en un barrio desconocido.

—¿Qué es lo que miro?—se preguntó.—¿Esta es la tienda de Spinael? ¿Se habrá mudado de casa en tanto que he estado enfermo? ¿Habrá tomado su tienda algún otro farsante francés de esos que vienen aquí con sus detestables mercancías á engañar á la gente?

En tanto que Van-Rosmal se hallaba absorto en estos pensamientos, un caballero abrió la puerta de la tienda de su amigo y se adelantó hacia el umbral: hallábase vestido pomposamente, con un paletó á cuadros azules y verdes, un pantalón color de chocolate y un chaleco blanco, sobre el cual cruzaba una enorme cadena de oro, que sos-



tenía unos lentes; espesas patillas de un negro brillante adornaban su cara; su cabeza estaba artísticamente peinada, y se parecía maravillosamente á uno de esos bustos de cera que se ven en los escaparates de los peluqueros, como moldes para exponer sus peinados.

—¡Ah!—pensó Van-Rosmal.—Este es el francés farsante. ¡Qué vergüenza! ¡Un mocetón de seis pies y aderezado como una madama!

A este tiempo el nuevo vecino le vió, dejó el umbral de la tienda del zapatero y fue á la de Van-Rosmal, al que dió un golpecito en la espalda y le preguntó:

—¿Cómo va de fuerzas, amigo mío?

El buen hombre reconoció, con un asombro profundo, la voz de Spinael: dió dos pasos atrás: examinó á su amigo de la cabeza á los pies y exclamó sencillamente:

—¡Cáspita! ¡Qué elegante estáis! ¿Habéis ganado á la lotería de Rusia? ¿habéis heredado? En estos casos, recibid la enhorabuena; ¡pero yo recuerdo que teniais los cabellos tirando á rojos y ya entrecanos!...

Spinael sonrió con una especie de piedad, y respondió con ese tono ligero que hemos convenido en llamar el *chic* francés:

—Van-Rosmal, vos no seréis jamás rico; la moda ha cambiado: mal género, bien ofrecido, está medio vendido; el que tiene que vivir de la venta que haga á los plebeyos, trabaja como un esclavo hasta la vejez, porque quieren buen cuero, buena obra y mu-

cha baratura; pero la obra francesa... ¡oh! ¡esa, esa se vende con gran facilidad; los que la compran pagan á buen precio un par de botas, que se rompen antes de quince días!

Van-Rosmal, atónito, no sabía si dormía, y se preguntaba si Spinael tenía sus cinco sentidos.

—Pero,—observó,—según he oído, los petimetres amigos de la moda francesa suelen olvidarse de pagar lo que compran; yo tengo de esa calaña algunos deudores. ¿Y qué haré con pedirles? Querer tundir donde no hay lana; por lo demás, les he dado tan buena mercancía como á todos; en mi casa, no hay mal género, porque, ante todo, quiero la conciencia limpia.

—Amigo mío,—respondió el zapatero,—ya volveremos á hablar de esto dentro de dos ó tres años, y veremos quién ha medrado más de los dos. Mi hijo Julio ha ido á París para saber á qué altura se halla allí el *arte* de la zapatería, y espero mucho de él.

—¿Quién ha ido á París? ¿Qué Julio es ese? yo creía ser el padrino de vuestro hijo único, y que éste se llamaba Juan, como yo.

—Y bien, sí, ¡Juan está en París! Pero ha cambiado su nombre, que era demasiado vulgar, por el de Julio, que es mucho más elegante; y mi hija, que acaba de salir del colegio francés, se llama Hortensia; os digo esto para que no les volváis á llamar Juan y Teresa delante de mis parroquianos.

Maese Van-Rosmal sacudió su cabeza,



contempló alternativamente las inscripciones de los cristales y el traje de su antiguo amigo y dijo con un tono medio burlón:

—No creo que sea bueno vuestro proyecto, amigo Spinael: he visto llegar á la miseria, siguiendo ese camino, á muchos que antes de tomarle tenían muy sólidamente hecha su fortuna; pero, en fin, cada uno es dueño de hacer lo que le parezca mejor; no son asuntos míos, y así, no hablemos más. Decidme: ¿habéis olvidado que hay hoy reunión de la cofradía de nuestra señora? ¿No me acompañáis, según costumbre?

—¡La cofradía de Nuestra Señora!—exclamó el zapatero riéndose.—Ya no pertenezco á ella, amigo mío; un hombre que calza á los primeros actores del teatro no puede ir á las procesiones con un cirio: ¡eso sería ridículo!

—Adiós, pues,—dijo Van-Rosmal con tristeza, alejándose y dejando al zapatero afrancesado en el umbral de su flamante tienda.

Algunos días después, Spinael fue á casa del especiero, y después de hablar mucho y de ponderar el excelente estado de sus negocios, hizo mención de una gran partida de cuero que se iba á poner á la venta: declaró esta compra un *brillante negocio*, y lo pintó de suerte, gracias á la farsa que había aprendido de los franceses, que el sencillo y bondadoso Van-Rosmal le prestó, en memoria de su amistad, quinientos florines, reembolsables al cabo de tres meses; el especiero hizo que le tomase medida de un par de za-

patos: á los ocho días los zapatos estaban del todo rotos é inservibles, y llegado el plazo señalado para solventar su deuda, Van-Rosmal recibió, en vez de su dinero, algunas buenas palabras é infinidad de promesas.

Esta última circunstancia despertó entre los dos vecinos una sorda enemistad: cesaron de dirigirse la palabra; pero sus hijos no les imitaron y continuaron viéndose todos los días.

## II

### Buen consejo.—Mala resolución.

Desde que la hija de Spinael había salido de su pensión francesa, Siska Van-Rosmal había perdido mucho de su casta é ingenua sencillez: con demasiada frecuencia había visto ya, sentada detrás del mostrador del zapatero, cómo los jóvenes pisaverdes á la francesa hacían alarde de galantería con su amiga, y cómo ésta sabía responder á sus cumplimientos con el gracioso lenguaje franceses, acompañado de miradas lánguidas y es-



tudiadas. Inocente todavía y no sospechando las obscenas pasiones que se ocultaban bajo una fingida galantería, más de una vez Siska había enrojecido de vergüenza cuando alguno de aquellos fatuos le dirigía la palabra y ella no podía responderle en el idioma mismo que su amiga: por este motivo rogaba á su madre todos los días que la enviase á un colegio francés.

Madama Van-Rosmal, que amaba á su hija con ceguedad, veía también con envidia que Hortensia, ó más bien Teresa Spinael, aunque bastante fea, atraía todas las miradas, y que su pobre Siska tenía el aire casi vulgar, comparado con el de la brillante hija del maestro zapatero: en su maternal orgullo pensaba que no era ya conveniente dejar por más tiempo á su hija en tal estado de inferioridad respecto de una persona que pertenecía á una clase más humilde que la suya: después de haber hecho durante muchos días estas reflexiones á su marido, decidieron al fin, de común acuerdo, que Siska iría á un colegio francés, después de haber consultado al doctor Pelkmans acerca de este punto importante.

Era Mr. Pelkmans el Médico de la familia, como su padre lo había sido del padre y del abuelo de Van-Rosmal; frecuentemente había dado sabios consejos al especiero en circunstancias difíciles; pero lo que le había conquistado, sobre todo, una profunda afeción de parte de los esposos Van-Rosmal, era que había salvado á Siska dos veces de

graves enfermedades, y la última, de una muerte cierta en la época del cólera morbo: los esposos habían comprendido, en medio de su reconocimiento, que el Doctor, por estas circunstancias, había adquirido algún derecho sobre la vida y el porvenir de su hija, y no decidían nada que la conviniese sin consultarle antes.

El anciano Pelkmans era un hombre probo y de claro talento, que lo examinaba todo con ese buen sentido perspicaz que pertenece esencialmente al carácter flamenco.

El día señalado, el Doctor estaba sentado en la trastienda con el padre y la madre Van-Rosmal, y la conferencia fue abierta en estos términos por el padre de la joven:

—Señor Doctor, mi mujer quiere absolutamente enviar á Siska á un colegio francés: en cuanto á mí, me he opuesto á ese proyecto durante largo tiempo; pero las lágrimas de Siska me han hecho cambiar al fin de opinión.

—¿A un colegio francés?—repuso el Doctor sorprendido.—Seguramente hay buenas escuelas en la ciudad, y en ellas puede estar la niña á la vista de sus padres.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó la madre riendo con una especie de desdén.—¿Y qué se aprende en las escuelas de Ambéres? A tejer calcetas, á coser, á marcar la ropa blanca, á cortar una camisa y á hablar flamenco! ¡Lo que sabe todo el mundo! ¡Ved la hija de Spinael! ¡Ha venido hecha toda una señorita; habla francés, es fina, cortés y amable para los



jóvenes... y no tiene más que escoger para casarse entre los muchos que la rodean!

El Doctor alzó los hombros y sacudió la cabeza.

— Verdaderamente me entristecéis, madama Van-Rosmal, —dijo.— ¡No sé qué mal espíritu os inspira y ha oscurecido de repente vuestro sano juicio! Esos jóvenes ricos de que habláis, ¿sabéis quiénes son! Sastres, cómicos inferiores y humildes comisionistas franceses, sujetos á un misero sueldo y que van á casa del zapatero como las moscas á la miel: conozco bien á Hortensia Spinael, y os aseguro que daría la mitad de lo que poseo por impedir que Siska se le parezca jamás. ¿Queréis acaso que se pierda esta bella, cándida y pura niña? ¿Queréis separarla de la religión, de las buenas costumbres, de la rectitud flamenca, para hacer de ella una ligera y despreciable coqueta? ¡Tened cuidado! ¡Quizás mis consejos sean ahora infructuosos: en ese caso, os compadezco!

Los esposos fueron impresionados de una manera muy distinta por la palabra severa del Doctor: ambos sonrieron: el padre, de alegría porque preveía el triunfo del Doctor: la madre, de despecho, y repuso con voz alterada:

— ¡Ah, señor Doctor, vos sois demasiado duro! ya sé que detestáis todo lo que es francés; pero pensad en que nosotros estamos criados á la antigua, y en que ahora ya no se educa así á los jóvenes.

— ¡Madama Van-Rosmal, —respondió el

Doctor, —cualquiera diría que no queréis entenderme! No me opongo yo á que se aprendan las lenguas extranjeras, y ya sabéis que mi hijo Luis las aprende también: ¿no conoce él perfectamente el francés? ¡Mucho mejor que esos imbéciles que vuelven la cabeza del revés á Hortensia Spinael y que os deslumbran á vos! ¡No me miréis así! Lo repito: son unos imbéciles, que sólo saben un poco de mal francés, que destrozan despiadadamente! Ni siquiera conocen bien su lengua nativa; y en cuanto á las ciencias, aun las más útiles, hasta el nombre les es desconocido: todo su talento consiste en un falso barniz y en palabrotas que pescan en los periódicos y en las novelas; pero todo esto me hace montar en cólera y me hace separar de nuestro objeto: y yo os digo que hay colegios excelentes; pero que hay muchos más muy malos; los primeros son aquellos en que sus directoras comprenden su sagrada misión y tienen un fin más útil que el de hacer adquirir á las jóvenes un barniz mundano con perjuicio de su piedad y de su modestia; donde las directoras velan sin cesar por separar de sus educandas el veneno extranjero, por combatir su vanidad, por corregir su ligereza; donde saben las personas encargadas de instruir á las jóvenes cuantas buenas cualidades tiene su raíz en el carácter flamenco, y cuan peligroso es afrancesarlo: en una palabra, donde no se proponen formar señoritas á la moda, sino buenas y dignas madres de familia. ¿Es á uno de estos



colegios donde vos quereis enviar á vuestra Siska? En ese caso nada tengo que decir; lejos de eso, lo celebraré muchísimo; todo depende de que sepáis escoger. Os lo repito: la mayor parte de las pensiones francesas son nidos de perdición y de inmoralidad; no obstante, es fácil hallar uno bueno si se le busca con cuidado: si lo deseáis, yo os lo indicaré: la pensión de madama X..., por ejemplo.

—¡La pensión de la señora X!...—exclamó la madre;—No; en ese caso Siska no saldrá de casa; ya conocéis á Ana Straten; fue á esa pensión, y al cabo de tres años ha salido lo mismo que entró; á la verdad, ella es modesta, afable y piadosa, y he oído decir que conoce todo lo que debe saber para dirigir bien una casa; más ¡para esto no se necesita ir á una pensión!

—Pues ¿para qué pensáis que debe ir Siska, señora?—exclamó airado el Doctor;—para *afrancesarse*; ¿verdad? ¿para aprender tonterías y olvidar toda compostura, como Hortensia? ¿Para gastar en adornos y trajes que no se avienen con su condición, y hacerse coqueta y dar que reír á todos?

—Pero, Doctor,—observó maese Van-Rosmal,—si la mayor parte de las casas de pensión son, para las niñas, escuelas de corrupción, ¿cómo es que todas las gentes ricas envían á ellas á sus hijas? ¿Acaso son todos fatuos?

—Escuchadme, amigos míos,—replicó el viejo Doctor con más calma;—cada condi-

ción social tiene su manera de ver las cosas y sus costumbres; lo que es bueno, decente y útil para la hija de un noble, es casi siempre malo, inconveniente y funesto para la hija de un mercader. El mal que hay en la educación que se da á las jóvenes en las casas de pensión de que hablamos, estriba, sobre todo, en que es la misma para la que está destinada á ganarse su vida con su trabajo que para la que no tendrá que servirse de su inteligencia más que para conjurar el fastidio de una lujosa ociosidad; en que se inspiran las mismas ideas á la hija de un botero ó de un quinquillero que á la de un gran señor ó un hacendado; la sociedad se malea en esas casas hasta sus cimientos, toda joven quiere hacer la señorita, y el gusto del lujo trae la pereza, los locos gastos, la ligereza de conducta... y algo peor algunas veces. Salen de ellas muchas coquetas á la francesa, ¡pero muy pocas madres de familia buenas, laboriosas y flamencas!

Maese Van-Rosmal se levantó bruscamente, y dijo con un tono resuelto:

—¡Vamos, vamos! Sois demasiado bueno, Doctor en disertar tanto tiempo acerca de esas cosas; tenéis razón; Siska irá á la pensión de la señorita X... ó á ninguna, y esto es tan cierto como que yo soy el amo de mi casa; y tú, mujer, déjame en paz con el francés; ¡cualquiera diría que tenemos á menos el que nuestra hija hable nuestra lengua natal! Lo que está bien es bueno, y el que quiere de lo bueno llegar á lo mejor es un teme-



rario... lo dicho: Siska seguirá estando á nuestra vista.

Pero el buen hombre había contado sin la huéspedada, ó por mejor decir, sin su mujer; ésta exclamó con un tono lleno de acritud:

—¡Poquito á poco, maese Van-Rosmal! Sentáos y no os alteréis tan pronto; y vos, Doctor, decidme qué mal habría en que Siska fuese bien educada y supiese el francés tan perfectamente como la más noble señorita. ¿Sería ella menos buena por eso?

A esta interpelación el Doctor comprendió que tenía que luchar contra un partido tomado y sostenido por toda la terquedad femenina; así, pues, cambió de tonó y respondió con gravedad:

—No, si en la pensión á donde queréis enviarla recibiese una buena y sólida educación, y adquiriese conocimientos útiles; pero ¿sabéis lo que las jóvenes aprenden de sus directoras, y sobre todo, las unas de las otras en esos establecimientos? ¿Es preciso que os lo diga? Escuchad, pues, estas tristes verdades: se aprende el francés, es cierto; pero con el idioma se aprende también á lanzar tiernas ojeadas, á hacer toda clase de gestos; se aprende de qué modo se engaña á los padres, á beneficio de un amor romancesco; es decir, oculto; se llena la cabeza de una turba de ideas que aniquilan el alma; se sabe pronto cómo se usan toda clase de perfumes y cosméticos, cómo se rizan los cabellos á la *nieve*, en *tirabuzones* ó á la *china*; cómo hay que vestirse para *negligé*, para paseo y para

baile; cómo es preciso hacer reverencias é inclinarse, según el rango de las personas á quienes se saluda: profundamente delante del rico, casi nada ante los plebeyos, y nada absolutamente para los pobres; se aprenden necias canciones francesas, que, bajo una frívola apariencia, despiertan prematuramente las pasiones y enseñan á una inocente niña palabras y cosas que no debería jamás saber; canciones que, con una cubierta dorada, entrañan la inmoralidad y la corrupción. ¿Son éstos los conocimientos que convienen á la niña modesta y piadosa, hija de buenos y honrados mercaderes?

El Doctor se apercibió de que sus palabras hacían una viva impresión en el ánimo de sus dos oyentes: éstos tenían fijos sus ojos sobre el severo Pelkmans y estaban inmóviles, como si la voz austera del viejo orador les hubiera petrificado: el Doctor, que deseaba salvar á toda costa de la perdición á la niña por quien sentía tan tierna afección, prosiguió con un tono más expresivo todavía:

—Bajo la ardiente exaltación de esas pasiones el corazón de las jóvenes se deseca y se cierra á los sentimientos naturales; sus padres llegan á ser para ellas seres insoportables, regañones y avaros; si se casan, califican de enemigos de todo placer á sus maridos, cuyo bolsillo no está nunca tan lleno como ellas necesitan, y tienen la desgracia de no parecerse á los encantadores héroes, á los seductores caballeros que su imaginación enferma había soñado; no pueden dedicar



una afeción sincera al hombre honrado y grave que se une á ellas; violan la fidelidad conyugal y todas las leyes del honor con facilidad, extraviadas por las locas ilusiones: ¿y sabéis de dónde vienen todas esas bellas cosas? ¡De París, de ese foco de impiedad y de corrupción! ¡Ved á Hortensia Spinael! ¿Qué es ya más que una insustancial coqueta, oyendo todo el día las galanterías de los actores que estafan el calzado á su padre, prestando oídos á impúdicas bromas que harían ruborizar mi frente, arrugada bajo mis cabellos blancos? ¡La reputación de esa desgraciada niña está ya perdida! ¿Qué será de ella? ¿Pensáis que hará fortuna, que hallará un marido rico? ¡Ah, no, tanto tocará al fuego, que al fin se quemará! Y entonces, ¡adiós coquetería, adiós obsequios: despreciada por todos y detestada por cada uno, pasará su vida en llorar su honor perdido! ¡Oh amigos míos! ¿y esta es la suerte que prepararéis á vuestra única hija? ¿Os atreveréis á presentaros delante de Dios después de haber sacrificado el honor de vuestra Siska y su virtud? ¿La condenaréis á pasar la vida entre los remordimientos? ¡Ah, decidme que no, yo os lo ruego!

Al oír estas palabras, maese Van-Rosmal, que lloraba, se levantó, asió la mano del Doctor, y exclamó:

—¡Gracias, gracias, amigo mío. Vuestro buen consejo será seguido; comprendo que mi mujer tiene empeño en enviar á Siska al colegio francés; pero no se hable más de es-

to, ó yo la haré ver que su obstinación no debe durar más tiempo que el que yo quiera soportarla.

Madama Van-Rosmal comprendió, en la alteración de la voz de su marido, que por esta vez hablaba seriamente, y respondió con frialdad:

—Decís bien, no hablemos más; Siska no saldrá por ahora de casa, y vos dispondréis lo que se haya de hacer.

Esta resolución affigió al Doctor; comprendió que la obstinada madre no estaba convencida, pero empezó á creer que había evitado la ida de Siska al colegio, y se despidió de los padres de ésta medio satisfecho y medio triste.

Como unos tres meses después, el Doctor se halló un día en la calle á maese Van-Rosmal; el buen hombre tenía el aire profundamente triste, y contra su costumbre, andaba muy lentamente; el doctor Pelkmans le detuvo y le tomó el pulso diciendo:

—¿Estáis acaso enfermo? ¡Vuestro pulso es muy débil! ¿Qué tenéis, amigo mío?

Van-Rosmal alzó la cabeza; dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y respondió con un suspiro:

—¡Siska está en la pensión!

—No veo un mal en eso,—respondió el Médico;—pero supongo que no habrá salido de Amberes.

—¡Está en Francia, en el colegio de Hortensia Spinael! No me riñáis, amigo Pelkmans, no ha sido por mi gusto; dos meses he